

18/11/1864, p. 2

AÑO IX.

FERROCARRIL

por el estallido beligerante para declarar la guerra a España cuando se hayan agotado, para tratar el conflicto pendiente, todos los recursos que conceda el deseo de justicia. Ha llegado este caso.

Por estos razones, les permitiré V. S. lo observe que, si pudiese disponerla, que brinde la oportunidad del carbón de piedra en gratitud a este presidente, e irregala al Gobierno i naciones vecinas que, económicamente, evitará el de la República, adquiriendo las pruebas más fuertes que se buscan en el caso ejidal, tomándose en cuenta lo que puede haber sucedido donde no ha habido querellas.

Se presentan además una duda i ca, siendo cuando emplearan a regir los pueblos de diez declaraciones. Los organismos de carbón que estuvieron en embajadas i listas para pararán ante de publicadas algunas disposiciones, como las mencionadas.

Los buques de guerra del Gobierno de S. M. han salido para estas aguas en estado de paz; en preparación de cualquier conflicto eventual, i en la inmediata de que llegaren a puertos enemigos. Estos i no dispuestos al Gobierno de Chile a permitirles libremente la reparación de sus averías i provisiones de carbón que necesitan para el viaje que se les ofreciera.

Sírvase V. S. aceptar la protesta de la distinguida consideración con que soy su fiel y seguro sirviente.

(Firmado) Salvador de Tocino.
Al Excelso señor Ministro de Relaciones Exteriores
de la República de Chile, etc., etc., etc.

BOLETIN DEL DIA.

La sesión de ayer ha sido animada i fecunda en interesantes incidentes. Quién los trajo fué el presupuesto de relaciones exteriores.

El del interior concluyó de aprobarse en plena paz, desde que el ministro del ramo actuó en la inclusión de la partida sobre el ferrocarril central. Aunque su opinión no era esa, su señoría no vaciló en rendir homenaje a la de la Cámara.

Fueron cuestiones de redacción las que alargaron el debate.

No sabemos, en verdad, qué se quiere, pidiendo, como se lo hace día tras día, sesiones tras sesión i casi perdida tras partida, subdivisiones i ampliaciones en el detalle que harían del presupuesto un volumen tan pesado de llevar como de discurrir. ¿Se quiere conocer el empleo de cada centavo? Para eso está la cuenta de inversión que anualmente se presenta al examen del Congreso. ¡O se quiera dirigir al gojirlo en el empleo de cada suma! No creemos que se tenga tal pretensione sobre todo tratándose de gastos de detalle que solo puede juzgar con acierto la práctica que los toca. Lo repetimos, estas discusiones nos parecen sin utilidad, porque, aun admitida la doctrina del presupuesto detallado, nada gana la conciencia del Congreso.

El incidente verdaderamente notable i trascendental de la sesión de ayer fué el que suscitó el reproche i la interrupción que se hizo al señor Matta por haber tratado de infame al gobierno de García Moreno. Este incidente importa el desacuerdo que lleve una de las mas altas prerrogativas del representante, la inviolabilidad de su opinión.

Que el ministro de relaciones exteriores protegiera del calificativo Matta, está muy bien: Chile oficial tiene relaciones con aquel gobierno. Pero que tanto su señoría como el presidente de la Cámara

hayan querido negar al señor Matta el derecho que tenía para expresarse como lo ha hecho, hé aquí lo que es inconciliable con la inviolabilidad de la opinión i la irresponsabilidad del juicio del representante. Si el representante tiene la libertad de su opinión, tiene, también, en toda lógica, la libertad de su palabra. ¿Cómo, sin esta libertad podría ejercitarse aquella?

Sabría declararlo el presidente de la Cámara? Qué es lo que entiende su señoría por moderación? Entiende por moderación calificar los actos con términos que no les convienen? Cómo llamaría la traidor si quisiera hablar de ella? Si el oír llamar las cosas por su nombre exaltaría al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Pero vamos a la práctica. ¿Cómo impedir en su señoría que los diputados no empleen los calificativos de su antojo? Pedir a la Cámara que hable una ley de proscripción contra tales palabras? Pero esto sería violar principios por estíllas las primeras que ellas significan. Será él quien desplazará de su señoría i al presidente de la Cámara que el oír llamar las cosas por su nombre exalte al presidente de la Cámara de Diputados, su señoría no leerá jamás la historia, porque es completamente falso de uridios en el sentido que él la entiende.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hubo fué grande orador.

Nó, señor, el deber del representante que tiene el valor de la verdad, es decir la tal cual es: la verdad no tiene educación, si lo quiere su señoría, i se pasa más bien sin ella porque lo basta con ser la verdad. Ahora, el oidor que tiene una indignación sincera, que no es un cómico o un faraón, no puede tener siempre palabras de miel. Su señoría, que es aficionado a la oratoria, si ha leído los grandes modos habrá hallado comprobada esta verdad. Narpio hub